

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ:

EL HOMBRE DEL BÚHO

Fernando Martínez Ramírez*

Resumen

Ensayo biográfico que narra el nacimiento de una vocación, la de escritor, los primeros escauceos del poeta González Martínez con la literatura, la revelación de lo que llama “su voz personal”, además de sus relaciones con la Ciudad Letrada de principios del siglo XX, donde figuran, entre otros, el Ateneo de la Juventud, Justo Sierra, Luis G. Urbina, el Liceo de Altamirano, La Academia Mexicana de la Lengua...

Abstract

Biographical essay on the birth of a vocation, the first encounter of the poet González Martínez with literature, the revelation of what he called “his personal voice”, as well as on his relationships with the early twentieth century Lettered City, made up by the Ateneo de la Juventud, Justo Sierra, Luis G. Urbina, the Liceo de Altamirano, La Academia Mexicana de la Lengua...

PALABRASCLAVE: Vocación, misterio, búho/cisne, influencia literaria.

* Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. De este ensayo biográfico apareció una versión reducida en: Conaculta-INBA, *Enrique González Martínez. Homenaje nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y la Artes-Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995, pp. 5-15.

A Eduardo Polanco,
camarada filósofo

...ninguna obra de arte cristaliza en formas de belleza
sin el humilde heroísmo del esfuerzo cotidiano...

Enrique González Martínez,

Misterio de una vocación

Enrique González Martínez, el hombre del búho, nació en Guadalajara, Jalisco, el 13 de abril de 1871. Su padre, don José María González, hombre tímido y apocado, era al igual que su esposa Felicianita Martínez, profesor normalista. Enrique recibió de ella la gimnasia moral, saludable y fecunda a la vez que severa. Mujer de ojos enormes y frente amplia de cuya mirada el niño y el hombre entraban convictos y salían confesos. Él le heredó su nota melancólica: lo quería sabio, mientras que su madre lo deseaba triunfador.

Un día, tal vez porque su precocidad se despertó ante algo grave y misterioso que oscurecía su origen y que nunca quiso descifrar, aprendió a guardar silencio. Sería este culto al silencio, ganado en la sospecha de algo tremendo, una de las notas fundamentales de toda su obra. Otra nota sería el amor a la naturaleza, el cual le viene, por línea paterna, de sus abuelos campesinos.

De niño lo unió un parentesco espiritual con su padrino de bautizo, personaje respetado en la familia a quien González Martínez define como un hombre incrédulo y culto, el cual le abrió "una ventana que daba al campo milagroso de la belleza".¹

A los diez años, concluida la primaria, entró de modo simultáneo al Seminario Conciliar y al Liceo de varones del Estado. El cambio de educación laica a religiosa le produjo una pequeña crisis espiritual que fue superada gracias a la afinidad literaria que ahí encontró. De esa etapa recuerda con especial estimación a su profesor de latín de segundo grado, a quien Enrique inició en lecturas profanas recibiendo a cambio exégesis líricas de los clásicos grecolatinos. Otro de sus profesores queridos fue el de griego, el padre Rositas, de quien sospecha que murió con olor a santidad.

¹ Enrique González Martínez, *El hombre del búho*, p. 13. En lo sucesivo, *HB* seguido de la página.

Como su madre barruntara que su hijo no andaba muy bien en cuestiones de fe, lo hizo leer a San Agustín. Pero más que robustecer la creencia, las *Confesiones* del sabio de Hipona le produjeron placer estético y conmiseración trágica. Nada quería ya con la religión, vivía en fiebre libresca y adoptó una cómoda posición agnóstica, aunque su esencia religiosa impidió que en su espíritu entrara triunfal el positivismo imperante.

Cuando el poeta rememora en *El hombre del búho* a sus profesores de este periodo, se advierte por la caracterización que de ellos hace, que la inteligencia y la sabiduría influyeron en su ánimo de modo distinto. La sabiduría le infundía respeto: marca a quien la alcanza como un ser distinto, decía. En cambio, la inteligencia es una herramienta básica para sobrevivir pragmáticamente. El criterio con el cual González Martínez juzgaba a los hombres deja ver en el poeta una constante preocupación tanto por las dotes morales como por las intelectuales. No obstante, él prefería la inteligencia humilde, esto es, la sabiduría. (*HB*, 45 ss. y cap. IX)

Fue un niño aislado. Su única hermana, Josefina, nació cuando él ya tenía trece años. Por tanto, sus padres le prodigaron todos sus cuidados. Tuvo dos amores infantiles. El primero a los diez, cuya expresión fue una carta de amor que se le hizo polvo en el bolsillo. El otro a los trece. Éste inspiró muchas de sus clases en el seminario... Tenía apenas catorce años cuando ganó un concurso de traducción de poesía inglesa.

Su espíritu, admite, fue más precoz que la carne (*HB*, 77). El pudor verbal, el seminario y sus dieciséis años conspiraban contra su despertar sensual, que llegó cuando una mujer madura lo condujo de la inocencia al temor y de ahí a la repugnancia.

Como estudiante de medicina su mundo estuvo dividido en tres campos vitales: la medicina, la literatura y su yo íntimo, autónomo, vigoroso y celosamente cuidado. Sus compañeros de los primeros años en la Facultad, un poco mayores que él, mimaban y protegían sus intemperancias; uno de ellos, un tanto dipsómano, incluso lo llamaba "el hombre feliz". Vivía ocultando su afición literaria. Aquí estaba el germen de lo que sería su vida. Así, el 7 de abril de 1893, seis días antes de cumplir los veintidós, recibió su título profesional; su ideal era llegar a ser un médico famoso. Mientras tanto, ya había publicado varios poemas en revistas de Guadalajara y la capital. "Un vago temor de responsabilidades

graves me asaltaba –escribe–. Entendía claramente que el juego de la existencia iba a volverse trágico.” (HB, 85)

Cierto día una comisión sinaloense llegó a Guadalajara buscando alguien para dirigir un colegio en vías de fundación. El cargo le fue propuesto a su padre, quien aceptó. De esta manera, en diciembre de 1895, la familia parte para Sinaloa, en donde González Martínez pasaría quince años de su vida, “trascendentales para el hombre y para el poeta” (HB, 92). Al llegar a Mazatlán ve por vez primera el mar, “la gran lágrima azul” (HB, 94). Al respecto, en *El hombre del búho* formula la siguiente prolepsis:

Aventura y destino me habrían de empujar más tarde a saciar la locura de mis sueños. Crucé las mismas aguas que violaron un día naves conquistadoras; vi el mar encadenado en la esclusas de Panamá por la mano del hombre, que rasgó la tierra y enlazó audazmente los océanos que no habían confundido nunca la amargura de sus ondas; surqué mares de Chile, helados y tempestuosos; vi mi barco en riesgo de perderse, y saboreé el goce inefable de poder ser engullido por la misteriosa perfidia de los elementos en cólera; allí mismo, bajo el amparo luminoso de la Cruz del Sur, vi el mar en canales tranquilos, entre cordilleras con volcanes de nieve, cuyas faldas, tapizadas de helechos gigantes, no conocen las flores ni los pájaros; me embriagué luego en la pompa de colores de Río de Janeiro, donde los ojos se fatigan a fuerza de asombrarse... Después, mares de España, mares de Francia, la Costa Azul y el Golfo de Nápoles, con su eterno centinela humeante y poblado de memorias y leyendas... Pero el mar, cuando lo evoco, es el mar de Mazatlán, el de las olas bravas, el de las rompientes rumorosas, el de los escollos empenachados de espumas, el mar en libertad, sin trabas, presidido por la alta verdura de los cerros y la luz piadosa de sus faros; el mar de iniciación, el primer mar. (HB, 95)

En Culiacán, mezquindades profesionales le impiden descollar como médico, por ello decide probar fortuna solo. Aunque emigra de la capital del estado con el compromiso de llegar a El Fuerte, un amigo lo convence de que permanezca en la capital de Sinaloa, donde conoce a Luisa Rojo Fonseca, quien se convertiría en su compañera de toda la vida. Alejado de las envidias y siendo el único médico del distrito logra una buena posición. Para visitar a sus enfermos “fue preciso comprar un coche apropiado, flamante y práctico. Adquirí –dice– un hermoso caballo negro que en lo de

tragarse las leguas era competidor de don Ramón del Valle-Inclán” (HB, 101).

Xavier Villaurrutia alguna vez, al referirse a Enrique González Martínez, expresó que su única operación quirúrgica había sido “torcerle el cuello al cisne” (HB, 103). Pero es obvio que se trata de una frase producto del ingenio del autor de *Nostalgia de la muerte*, pues el médico ejerció su profesión durante gran parte de su vida. Cuenta González Martínez que en una de tantas noches de recorrido solitario rumbo a la casa de un paciente conoció el miedo a la soledad:

A mí me ha hablado la soledad siempre como una amiga [...] pero la noche a que me refiero, una noche clara de luna llena, me invadió de pronto el temor a estar solo: fue una especie de agorafobia repentina como el pavor del silencio de los mundos que aterrorizaba a Pascal. Me sentí engullido por el silencio, como si el universo y yo estuviéramos frente a frente y yo me creyera anonadado por mi pequeñez. Aquella angustia, nueva en mí y que no he vuelto a sentir nunca, me obligó a buscar alguna luz reveladora de una casa cualquiera para ir a ella y curarme de mi pánico. (HB, 102)

Aquellos años, alejado de la vigilancia familiar, dueño de sí, impetuoso, su existencia fluctuó entre la profesión, los bailes, las juergas, el juego —en cuya potestad se encontraba— o la lectura y la escritura de algunos poemas. Y, sin ser novios aún, Luisa era ya algo inminente.

No pensaba en publicar libros: su mujer y amante era la medicina, aunque escribía y publicaba en periódicos de provincia y de la capital, actividad que guardaba en secreto. Sin embargo, un suceso estrambótico lo hizo cambiar de opinión. La maquinación de uno de sus amigos lo movió a reaccionar de inmediato. Apareció un artículo de Francisco Izábal Iriarte, en el que lauda al excelso poeta y lamenta su fallecimiento. A este artículo siguieron otros en el mismo tono de quienes habíanse creído la noticia. González Martínez se vio precisado a aclarar que no había muerto, que si bien escribía poco tenía pensado publicar entre los vivos un libro de cuentos y otro de versos. Aprovechó así la coyuntura para echar al mundo un libro de poemas, donde confina 78 de los 200 que había reunido, y los publica bajo el título de *Preludios*. Tenía treinta y un años, estaba casado y pronto nacería su tercer hijo. La crítica resultó favorable. De ella salió “armado caballero de la lírica”

(*HB*, 132), aunque íntimamente no se sentía convencido de sus poemas, pues no veía en ellos su propia voz.

Pero sentía yo que poetas de México y de España, de Inglaterra y de Francia, antiguos y modernos, románticos y parnasianos, se ocultaban entre bastidores y movían hilos invisibles en mi teatrillo de imágenes, que mis manos estaban ausentes de la farsa y que sólo de tarde en tarde mi voz sonaba y aparecía yo en el tablado a no desempeñar por cierto el principal papel. (*HB*, 134)

Pocos días después de que naciera su cuarto hijo, muere su madre. Años más tarde, al reflexionar sobre el hecho, escribe:

A mi lado estuvo siempre, estará siempre una alma de mujer. Mi madre primero, después mi amada. Cuando la muerte depuso de ellas, tampoco me dejaron solo. La mano de ellas me deparó, otra vez más, una doble y alta compañía. Sólo cuando yo cierre los ojos para no abrirlos de nuevo, dejará de estar a mi lado, en comunidad perfecta, una alma de mujer. (*HB*, 138)

Después de su primer libro, las tareas literarias se convirtieron en trabajo normal. En los primeros meses de 1905 viaja a la ciudad de México para probar suerte. Hizo una escala en Tepic. Sus amigos, optimistas, le auguraban el éxito, excepto Antonio Zaragoza, quien al despedirse le dijo: “«Te deseo toda la gloria que puedas conquistar... Aunque la gloria en México estriba en que Justo Sierra y Luis G. Urbina te hablen de tú»... Varios años después la conquisté a medias: a don Justo siempre le hablé de usted, pero conseguí el tuteo del viejecito Urbina.” (*HB*, 145)

Con su esposa y padre esperando por él, su noviciado en la capital empezaba a alargarse. Solía reunirse con personalidades literarias en el Liceo de Altamirano, donde se llevaban a cabo tertulias a las que asistían, entre otros, José López Portillo y Rojas, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Amado Nervo, José Juan Tablada. Desconfiaba de su propio talento. Al comparar su obra inicial con la de algunos de sus coetáneos, Nervo, Urbina, Díaz Mirón, Tablada y la tribuna de la *Revista Moderna*, se sentía en desventaja. Alcanzó cierto apaciguamiento cuando una tarde, Amado Nervo comparó, en tono confidencial, sus andanzas capitalinas con las

de González Martínez. Sus casos eran parecidos: también él llegó jubiloso a la capital esperando encontrar en los poetas a cófrades efusivos y amables, pero lo único que halló fue frialdad y egoísmo: intentaron aislarlo, perseguirlo, mas no lo lograron, aunque el fingimiento y la envidia sobrevivió.

Urbina, con quien lo ligaría una gran amistad, se opuso cuando por vez primera el poeta del búho fue propuesto para la Academia Mexicana de la Lengua, alegando su poca aunque meritoria obra y su juventud. Antes también había impedido que su puesto como profesor en la Escuela Preparatoria se consolidara. Y por lo que hace a su obra, González Martínez lamentaba que sus contemporáneos insistieran en ponerlo de lado de las filas del Modernismo. Admiraba a Darío pero no a sus imitadores.

Vencido, regresa a provincia, a sus enfermos, al juego. De México había traído la inquietud literaria. No fue conquistado por el ambiente modernista pero despertó en él un ansia de renovación. Libre de las influencias, de regreso en su soledad, se propuso realizar una obra auténticamente suya. Realizó trabajos literarios dispersos: teatro, novelas inconclusas, narraciones cortas, y en poesía compuso *Lirismos*, que a la larga resultaría menos exitoso que su primera obra poética y acusaría cierta influencia parnasiana. El intento deliberado de castigar la forma dejó este libro de versos por debajo del primero. La emoción seguía sin ser totalmente suya.

Con José Sabás Mora funda la revista *Arte*. Descubrieron algunos talentos literarios, entre ellos Mariano Azuela, quien les envió su primera novela, *María Luisa*.

Lirismos resultó una obra de transición, donde amén de cierto parnasianismo impersonal y fuga de lo romántico, sentía que algo suyo se iba perfilando. Su tercer libro, *Silénter*, lo emocionó más:

En verdad –dice–, algo había en aquel libro [...] que revelaba conquista espiritual, logro de personalidad literaria, adquisición de calidad poética: algo de aquel manojito de poemas era ya mío, sin que, para convencerme de ella, tuviera que aflojar las riendas al potro de mi vanidad: algo, acento propio, tono inconfundible, timbre desusado y revelador.

[...]

Pero el culto al silencio, el ansia de comunión con la naturaleza, el espíritu de contemplación y la angustia interrogante frente al mis-

terio de la vida eran lo que, en mi sentir, daba al nuevo libro el carácter que lo diferenciaba de sus primeros hermanos. Y un inefable regocijo se me filtró en el alma como chorro de miel.²

La obra estimuló la amistad entre él y José Enrique Rodó, lo mismo que con Enrique Díez Canedo. Vivía el poeta en apacible retiro, propicio para la escritura, su situación económica era holgada, pero había algo: el ejercicio profesional no le complacía. Su voluntad ansiaba nuevas luchas: la capital se le abría nuevamente como un fantasma. Mientras tanto, escribía *Los senderos ocultos*, dueño ya de su intención y decir poéticos, alejado del “decorado” modernismo.

Me asaltaba un deseo irrefrenable de buscar la claridad y la pureza, la sencillez dentro de la hondura; no torturarme con andar a caza de la expresión hermética, pero, llegado el caso, no hacer el menor esfuerzo por esquivarla. Quería yo entrar en comunión suprema con el mundo visible, con la naturaleza que se abría ampliamente a la avidez de mi contemplación; pero no quedarme allí, sino lanzarme en atrevidas excursiones a lo que está fuera de nuestra humana percepción; interpretar el alma recóndita del mundo, que acaso se nos brinde y venga a nosotros con sólo demandarlo. (MV, 16)

Fue Pedro Henríquez Ureña quien vio en uno de los poemas de *Los senderos ocultos*, “Tuércele el cuello al cisne”, un intencionado manifiesto literario, la síntesis de una doctrina estética, no contra Darío –aclararía su autor– sino contra sus imitadores de moda. Mis versos, explica el poeta, “tomaban al cisne como símbolo de la gracia intrascendente y [al] búho como el paradigma de la contemplación meditativa que ahonda en los abismos de la vida interior” (MV, 17).

La crítica encontró en ese poema la forma de encasillar a González Martínez como el detractor del Modernismo, reducción de la que se lamentaría siempre. Aunque el poeta reconoce que contribuyó a hacer suya la imagen de matador de cisnes: en su libro *La muerte del cisne* (1915) figura como portada el soneto donde el cisne es condenado a muerte y el búho glorificado. En una segun-

² Enrique González Martínez, *Misterio de una vocación. La apacible locura*, pp. 9-10. En lo sucesivo, MV seguido de la página.

da edición, en la portada aparece un hombre estrangulando el ave de Leda, mientras dos búhos vigilan el avicidio.

Eran tiempos convulsos. Una "pseudoaristocracia burguesa ejercía poderes oligárquicos en marcha de «carro completo» del cual nadie podía entrar y salir. [...] Despreciaron al indio, con la inconfesada tristeza de que la conquista no hubiera acabado con él" (MV, 31). Gerontocracia que rechazaba a los jóvenes y todo lo nuevo, y que ataba al poeta González Martínez con diputaciones. Las malas artes del gobierno porfirista no eran compensadas ni con la paz social, ni con el superávit en aumento, ni con las obras públicas, como el ferrocarril.

En 1911, con la revolución maderista triunfante, llega a México por segunda vez, dispuesto a no dejarse vencer de nuevo. Desde 1909 era miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. En su arribo, tres sectores literarios le brindaron apoyo: la Academia, el Ateneo y el periodismo de *El Imparcial*.

El primitivo Ateneo de la Juventud se llamaba ya, a secas, *El Ateneo*. Sus socios se habían dado cuenta de que el mote juvenil habría de ser borrado poco a poco por el correr implacable de los años. [...] [En el Ateneo] fue Alfonso Reyes quien me dio la bienvenida con palabras elocuentes y cálidas.

Circulaban por aquellos días sendos libros escritos por dos socios del Ateneo: *Horas de estudio*, de Pedro Henríquez Ureña, y *Cuestiones estéticas*, de Alfonso Reyes. [...]

Aunque entre aquellos jóvenes que no andaban muy lejos de una veintena de años había tal o cual excepción de madurez, me sentía junto a ellos como un hermano mayor. Navegaba yo por los ocho lustros y las primeras canas me apuntaban en las sienes, sin traer, por desgracia, el aparejo de la cordura. (MV, 36-37)

Cuando Antonio Caso concluye su presidencia en el Ateneo, González Martínez es nombrado sucesor. A invitación expresa del director de *El Imparcial*, Rafael Reyes Spindola, entra a colaborar con este diario, a lado de Luis G. Urbina y Francisco M. Olaguíbel. Enrique González Martínez consideraba el periodismo como "escuela de espontaneidad, antídoto de lo libresco, estímulo del pensamiento claro y de la forma fácil [...] antesala del arte y del estilo, de la forma bella y del verbo limpio" (MV, 43).

Llega la Decena Trágica. Madero y Pino Suárez son asesinados. Durante las luchas en las calles de Balderas, Nuevo México

(Artículo 123) y Revillagigedo, el poeta se hallaba escribiendo unos versos en su biblioteca cuando una bala rompió la vidriera, pasó rozando su cabeza y fue a incrustarse en el libro *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. El poema que concebía era “Los días inútiles”.

En medio de la incertidumbre en la que se sumió el país con el gobierno golpista, González Martínez no supo cómo reaccionar con “certeza moral”. El secretario de Educación Pública, Jorge Vera Estañol, lo invita a colaborar en Bellas Artes. Dubitativo, el poeta pide consejo a sus amigos de *El Imparcial*. También confundidos con la situación y temerosos de la suerte del diario, ven en tal propuesta la salvación y le aconsejan aceptar el cargo. Su padre y esposa hacen otro tanto. Acepta. Cien días dura en el cargo, y de ello habría de arrepentirse toda la vida.

Don José González, su padre, muere en 1914. Un año después aparece *Los jardines de Francia*, una colección de poemas que González Martínez traduce del francés.

Como catedrático había trabajado en la Escuela de Altos Estudios, en la Normal para Maestras, en la Escuela Nacional Preparatoria. Pero se vio privado de aquel medio de subsistencia por un gobierno que no le perdonaba sus errores. La Casa Bouret, editorial, le tendió la mano: le ofreció trabajo y publicó un libro que González Martínez había escrito exclusivamente con fines económicos: *Fábulas y cuentos en verso* (1917), pensado como libro de texto para las escuelas primarias, objetivo que se logró ampliamente. En esos años nace *El Heraldo de México*, diario al que es invitado a colaborar. Poco después sería director de otro diario con vida efímera, *El Independiente*.

El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño apareció en 1917. No faltó quien dijera que era mi mejor libro, a pesar de *Los senderos ocultos* y de *La muerte del cisne*. [...] Confieso que es uno de mis libros preferidos. [...] Hay en el *Libro de la fuerza* atisbos cósmicos y otoñal madurez que habrían de cristalizar en obras posteriores.

Parábolas vino un año después. Apareció con una vigorosa máscara de Saturnino Herrán y con unas palabras efusivas de Amado Nervo... (MV, 58-59)

Con los años, la animadversión se enfrió. Comienza una nueva etapa en la vida del poeta, esta vez en la diplomacia. En 1920 par-

te hacia Chile. El viejo anhelo de juventud, viajar por el mundo, se cumple, sólo que ahora frisaba los cincuenta años de edad.

Tras cuarenta días de viaje, durante los cuales escribió los últimos versos de *La palabra del viento*, llega a Chile, con ocho de sus lecturas preferidas en la maleta. Aquí escribe *El romero alucinado*, libro en el cual el paisaje chileno resulta protagonista, y que publicara en Argentina. En ambos textos reconoce su autor haber buscado notas novedosas, tales como el atrevimiento formal, sin alejarse de la música, del sonido y de la melodía. Sin embargo, el poeta admite que la crítica ha señalado estas dos obras como las más débiles.

Enrique Díez-Canedo prologa el primero y señala como imagen arquetípica de la poesía de González Martínez el hombre en camino, con los momentos de reposo y exaltación, de energía y piedad, y el paso ligero. Juicio con el que coincide Luis G. Urbina al hablar de *Las señales furtivas*: “Esta alma es de tan agudizada delicadeza, que se siente inquieta por el caer de una hoja, por el lloro de una fuente, por el trino de un pájaro, baja de su torre de silencio, se pone a hacer las cosas a ras de suelo, y comienza, dulcemente, a sonreír. Le ha invadido una ironía piadosa.” (MV, 84)

Poco después de su arribo a Chile viaja a Punta Arenas, con motivo del centenario de Magallanes. En el viejo barco, poco apto para mares tempestuosos, iban varios ministros y embajadores. Cercanos a la zona austral, un viento hostil comenzó a mermar la resistencia del maderamen de la embarcación. Al llegar al Golfo de Penas la violencia marina amenaza con vencer al insignificante barquito. Enrique González Martínez y Antonio Castro Leal eran compañeros de camarote. El primero, quien afirma nunca haber sentido miedo de morir, se rasuraba a navaja pelona cuando afuera una enorme ola arrancó parte de la proa. Un baúl estuvo a punto de degollar al estoico poeta que se acicalaba el rostro, pero un aviso de alerta de su compañero lo salvó. Al fin, en un barco “vendado y cojo” (MV, 88), llegaron salvos a su destino.

En Chile permaneció dos años. En su libro *El romero alucinado* —publicado en Argentina— evoca los paisajes chilenos: ríos caudalosos, canales fantásticos, lagos verdes y azules, archipiélagos legendarios, la cordillera nevada... También en Chile recibió la noticia de la muerte de Ramón López Velarde, con quien en 1917 había fundado la revista *Pegaso* al lado de Efrén Rebollo; pudo convivir con Antonio Caso, con quien comparte la afición a la filosofía de Bergson. De Chile va hacia Argentina, donde

convive con Leopoldo Lugones, a cuya casa asistían regularmente Horacio Quiroga y Alfonsina Storni. Lugones, considerado por González Martínez como el más grande lírico que ha dado Argentina, hostilizado cada vez más por sus contemporáneos jóvenes, terminó por suicidarse.

En 1924 deja Argentina para ir a España, cuya Legación Mexicana estaba representada por Carlos Pellicer. En Madrid publica, en 1925, *Las señales furtivas*, con poemas casi todos escritos en Argentina.

España se debatía entre el sentir monárquico y el republicano. La pugna que el gobierno mexicano de Plutarco Elías Calles había emprendido contra el clero no era bien vista por el dictador español, el marqués Primo de Rivera. La inconformidad monárquica contra la política que Calles seguía con los religiosos españoles llegó a grado tal que el mismo rey buscó en González Martínez una vía para amonestar al gobierno mexicano, mensajería que el poeta se encargó de rechazar.

En 1929, Jaime Torres Bodet y Enrique González hijo prepararon una antología de sus poemas, organizados, más que cronológica, temáticamente. Aunque el ambiente español no era propicio para escribir, el poeta, en “apacible locura”, escribe los versos de *Poemas truncos*.

La república triunfa en abril de 1931. La Legación Mexicana de inmediato se convierte en embajada, pero no sería González Martínez quien gozaría de los beneficios. En junio de 1931 regresa a México. Traía escrita la mayor parte de *Poemas truncos*, que no publicaría de inmediato.

En México se consagra a la escritura, no obstante seguir preso del ritmo lento y anestésico que doce años de diplomacia le habían impuesto. Intenta volver a la docencia, pero el desgano lo invade y la deja definitivamente. A tres años de su regreso muere su esposa. “La mansa, la apacible locura, se transformó en demencia desenfrenada”. (MK, 144) Cuatro años después de su esposa, fallece su hijo Enrique, su amigo, el poeta de los Contemporáneos:

Murió sonriendo —dice—, dirigiéndome su palabra de dulzura inolvidable, y tuvo la piedad de dejarme en prenda a un hijo suyo, quien, desde edad temprana, ha comenzado a recorrer el largo y doloroso camino del arte... ¡Ah!, si él pudiera acabar

la estrofa presentida o incompleta...

Y aquí vuelve la suave locura a perder su acompasada mansedumbre. (MV, 147)

Las huellas de la muerte las plasma en un libro que aparece en 1942, *Bajo el signo mortal*. A su hijo le había dedicado, quizás como “un presentimiento y una despedida” (MV, 147), su poema largo “El diluvio del fuego”, publicado solo en 1938. A éste siguió el libro *Segundo despertar*. En 1948 sale *Vilano al viento*, donde “el drama íntimo se cubre de plácida resignación” (MV, 150). El primer tomo de sus memorias, *El hombre del búho*, es publicado en 1944; el segundo, *La apacible locura*, en 1951. De publicación póstuma es *El nuevo Narciso*.

Para Enrique González Martínez cada ser humano posee un umbral de dolor y afinidad por la tortura. El artista, el poeta, suele ser castigado por robar fuego del cielo. Su misión prometeica es regalar un don a la humanidad, y por ello es castigado. De esta manera, el poeta transforma su grito interior en canto, la queja personal en resonancia universal.

Vientos malos pueden y suelen soplar en el espíritu del creador artista. Pero el arte es filtro milagroso; la creación depura el soplo letal, y el huracán sale convertido en canto. La hoguera lírica se alimenta con maderas de sándalo o se atiza con ramas secas de hierbas ponzoñosas; pero el fuego ennoblece el combustible, y la llama se eleva limpia en la suave claridad o en el rojo incendio de la poesía auténtica. (MV, 140)

Enrique González Martínez ingresó en el Seminario de Cultura Mexicana en 1942, fue miembro fundador de El Colegio Nacional, en 1943. En 1944 fue Premio Nacional de Literatura “Manuel Ávila Camacho”.

Falleció en la ciudad de México el 19 de febrero de 1952. Al final del segundo tomo de su obra autobiográfica, *La apacible locura*, escribe:

En los cajones de mi escritorio quedan poemas que acaso no tarden en publicarse. Hay prosas inéditas o no coleccionadas, de las cuales, mediante rigurosa selección, habrá algunas que merezcan ver la luz en volumen. Guardo también borradores de un libro que narra las andanzas de esta mi larga vida. Hombres y sucesos, con esas verdad desnuda propia de los viejos, desfilarán en las páginas de

esas memorias. Muchos juicios, a fuerza de severos, será tal vez mejor reservarlos para más tarde o condenarlos definitivamente al fuego, purificador de lo inoportuno y de lo malogrado. (MI, 152-153)

Obras poéticas

- Preludios*. 1903
Lirismos. 1907
Silénter. 1909
Los senderos ocultos. 1911
La muerte del cisne. 1915
El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño. 1917
Parábolas y otros poemas. 1918
La palabra del viento. 1921
El romero alucinado. 2a. edición. 1925
Las señales furtivas. 1925
Poemas truncos. 1935
Ausencia y canto. 1937
El diluvio de fuego (en la revista *Ábside*). 1938
Obra lírica. 1898-1938. 1940
Bajo el signo mortal. 1942
Segundo despertar y otros poemas. 1945
Vilano al viento. 1948
Babel. 1949
El nuevo Narciso y otros poemas. 1952

Autobiografía

- Misterio de una vocación*. En dos tomos:
El hombre del búho. 1944
La apacible locura. 1951

Bibliografía

- Enrique González Martínez. *El hombre del búho*. Guadalajara, Departamento de Bellas Artes del Gobierno de Jalisco, 1973.
———. *Misterio de una vocación. La apacible locura*. Xochimilco, cd. de México, Editorial Offset, 1985.